



HISTORIA GENERAL
DE FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 222 y 223

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1874.

Véase el anuncio del dorso.



HISTORIA GENERAL

DE FRANCIA

DE VICENTE JOHNS DE LA PIERRE

Partes 222 y 223

BARCELONA

IMPRESA Y LIBRERIA DE BARRIOS Y CIENTIFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO DE BARRIOS

1874

Véase el anuncio del dorso

L47-1760



COMBATE NAVAL DE ALGERIRAS, GANADO POR EL ALMIRANTE LINCOLN CONTRA UNA DIVISION INGLESA, (5 DE JULIO DE 1801).

bunal civil, y para la hacienda un perceptor particular; cada departamento tuvo un tribunal del crimen y un perceptor general. Instaláronse por todo el territorio francés veinte y siete tribunales de apelacion, y un tribunal de casacion central mantuvo la uniformidad de la jurisprudencia. Esa organizacion administrativa superaba la obra de Luis XIV por ser la centralizacion política, gubernamental y administrativa llevada á sus últimos límites: cuando menos en sus puntos mas esenciales ha sobrevivido en Francia á todas las revoluciones y la han adoptado todos sus gobiernos, aun los republicanos, que no han comprendido mejor forma para su sosten que el unitarismo.

Uno de los primeros actos del gobierno del Consulado que merece el mas sincero aplauso fué la institucion del *Banco de Francia* constituido con el capital de treinta millones de francos, y que tantos servicios ha prestado á la nacion vecina en los momentos de apurada crisis. Nombróse para régimen del Banco de Francia una direccion compuesta de quince personas y un comité de tres, el cual fué mas adelante reemplazado por un gobernador. Tenia la mision de descontar los efectos de comercio y emitir billetes que circulasen como moneda contante.

5.—Poco despues de haber Sieyes pronunciado aquellas palabras «se necesita una cabeza y una espada para salvar la Francia,» añadía al salir del primer consejo celebrado despues del 18 del brumario: «Señores: tenemos un amo que sabe hacerlo todo, que puede hacerlo todo y quiere hacerlo todo.» Pero si exceptuamos á los pocos que, como Sieyes, veian ya al dictador bajo la toga del cónsul; si exceptuamos tambien á los realistas y á los jacobinos, que proyectaban dos cosas imposibles á la sazón, la Francia entera acogió con satisfaccion la noticia del golpe de Estado del 18 del brumario y estas palabras de Napoleon: «Que no haya mas partidos en Francia: ni jacobinos, ni realistas, ni moderados; haya sí, franceses en todas partes.»

Efectivamente, el Consulado provisional

quiso dar pruebas de que se inspiraba en la grande idea de aplacar el encono de los partidos políticos, pues todas sus primeras medidas llevaron impresa la señal de conciliacion y templanza. Concedióse una amnistía, en virtud de la cual los proscritos del fructidor, Carnot, Portalis, etc., los convencionales Barrere, Vadier y otros pudieron volver á su patria, así como gran número de los ciento cuarenta y cinco mil emigrados que los últimos gobiernos de Francia habian hecho salir del país. Se abolió la ley de los rehenes y la que establecia el impuesto forzoso progresivo, el cual fué reemplazado por una subvencion extraordinaria adicional á las contribuciones. Se abolió tambien la ley de requisicion por naturaleza, en razon de la cual se tomaba la persona allegada del que faltaba al llamamiento ó quinta para las armas. Dióse libertad á los sacerdotes que, por no haber querido prestar el juramento al gobierno revolucionario, seguian presos. Una tempestad habia arrojado emigrados á la costa de Calais, y la ley condenaba á muerte á todos los desterrados que fuesen encontrados en el territorio de la República. Pero Bonaparte les dió la libertad; y luego cerró la lista de emigracion declarando á los nobles admisibles á los empleos públicos, si bien garantizando su propiedad á los compradores de bienes nacionales. Igualmente mandó abrir los templos en nombre de la libertad de cultos.

6.—Con no poco asombro de los que solamente veian en Bonaparte un militar temerario é inteligente, el primer cónsul se daba á conocer por hombre de gobierno muy superior á los mas ponderados gobernantes, y lo que daba mayor prestigio á su administracion era el entusiasmo que los franceses sentian por aquel general que tanto lustre habia dado á las armas francesas. En pocos dias lo removió todo imprimiéndole una nueva marcha eficaz, provechosa, activa. De consiguiente, aquel gobierno provisional, en quien todos veian en realidad un gobierno definitivo, inspiró muy pronto suma confianza al comercio, que, si hasta entonces se mostrara retraido, desde

aquel momento se decidió á prestar al Consulado los primeros fondos que hubiese de menester para salir de la apremiante situacion en que le dejara el Directorio, y los fondos públicos empezaron á sentir una alza rápida y progresiva. El cinco por ciento se cotizaba el 8 del brumario á once francos treinta céntimos; el día 30 del mismo mes ya habia subido á veinte y dos.

De aquel modo los ejércitos, cuya miseria era extrema, habian podido recibir por de pronto algun socorro, y pudo conseguirse que los campos y aldeas se viesen purgadas de las partidas de bandoleros que los infestaban, y se aplacaron las agitaciones revolucionarias que fermentaban en algunas provincias ó departamentos meridionales. Los monárquicos, que se imaginaban, no obstante los recuerdos del 13 del vendimiario y 18 del fructidor, que Bonaparte trabajaba por cuenta de Luis XVIII y que bastaria á su ambicion la espada de condestable, levantaron en las comarcas del Oeste, tan pronto como pudieron llamarse á engaño, el estandarte de la insurreccion monárquica, creyendo poder disponer de muchas fuerzas y de que les secundarian muchos cuerpos de tropas. Napoleon sofocó prontamente aquel levantamiento con enérgicas medidas: rindiéronse D'Antichamp, Susannet (17 de enero de 1800), y Jorge Cadoudal tuvo que capitular y refugiarse en Inglaterra poco tiempo despues. Bonaparte hizo cuanto pudo para llevarlo á otras ideas; mas todo fué inútil; mandóle presentarse en las Tullerías, y cuentan que el ayudante encargado de introducir al realista, concibió á su aspecto tales temores, que no cerró la puerta del despacho del primer cónsul, y que de vez en cuando iba á dar una mirada por dentro. De todos modos, es cierto que mas adelante Cadoudal decia en Inglaterra, enseñando sus nervudos brazos: «¡Que gran falta cometí no estrujando aquel hombre entre mis brazos!» Por supuesto que se referia á Bonaparte.

Recelando este que la prensa pudiera presentar ciertos obstáculos para sus miras ambiciosas, suprimió una infinidad de periódicos,

no dejando publicar mas que trece, á los cuales se advirtió que seguirian la suerte de sus colegas eliminándoles al primer deslíz que tuvieran contra el gobierno del Consulado.

En el ejército no podia menos de ser bien acogido el golpe de Estado del 18 del brumario; por cuanto en el fondo era aquella revolucion el triunfo del militarismo mas ó menos encubierto: además, ora fuese por lo que las tropas habian sufrido, ora por el cometido que habian desempeñado en pro de la República, la verdad es que todos los jefes, lo mismo que los soldados, no podian dejar de recibir con alegría la nueva forma y la caida del Directorio, cuya incuria y desórden tan sensibles habian sido para todos. Las palabras con que muchos oficiales acogieron el nuevo gobierno demuestran la verdad de nuestro aserto. «Me alegro, me alegro, repetian algunos; ¡gracias á Dios que nos hemos librado de los abogados y charlatanes!»

No tuvo que arrepentirse el ejército de la buena acogida que le mereció el Consulado; pues desde el día siguiente de su elevacion al poder demostró Napoleon las favorables disposiciones que tenia por el ejército. Porque, en definitiva, Bonaparte queria tener propicio á los militares, por cuanto contaba con ellos sin duda para llevar á cumplido efecto los designios ambiciosos que abrigaba. Quiso el primer cónsul enviar un correo al general Championet, general en jefe del ejército de Italia; mas no pudieron facilitarse mil doscientos francos para darlos al correo. Ocupóse activamente de aliviar la espantosa miseria que diezmaba á sus soldados. Moreau, que recibiera el singular encargo de retener á los directores presos en el Luxemburgo en tanto que Bonaparte se dirigia á Saint-Cloud para terminar la revolucion, recibió en premio el mando en jefe de los ejércitos reunidos del Rhin y de Suiza. Massena se vió menos favorecido; pues se le relegó al ejército de Italia.

7.—Bonaparte no se proponia otra cosa que guardar el poder para desarrollar desde sus esferas el vasto plan que el deseo de gloria y su ambicion le habian hecho acariciar por tanto

tiempo. Se creía el hombre superior de su siglo y anhelaba que el mundo y la historia se ocupasen grandemente de él. Para desengañar mas claramente á los ilusos, que aun se figuraban á Napoleon preparando las sendas para entronizar á los Borbones, el primer cónsul manifestó su voluntad de trasladarse á las Tullerías pretestando que el Luxemburgo era pequeño para contener las oficinas de su gobierno y alojar al primer jefe del Estado. «Así, decía él, la vista de este palacio deshabitado no dará á suponer por mas tiempo que espera recibir á alguno de los Borbones.»

Gastáronse unos cinco mil francos en restaurar el grandioso palacio de las Tullerías, tan maltratado durante la Revolucion. Mandó el primer cónsul que se adornara la galería principal con estatuas que representasen las glorias de la humanidad, entre las cuales, segun él, habian de figurar en mayor número los grandes capitanes; y así se colocaron en aquella galería las imágenes de Alejandro, Demóstenes, Aníbal, Escipion el Africano, Ciceron, Caton, Gustavo Adolfo, Turena, Condé, Washington, etc...

«El dia 19 de febrero de 1800, dicen las *Memorias de Bourrienne*, Bonaparte salió á la una en punto del Luxemburgo. El cortejo distaba mucho sin duda de parecerse á los que en tiempo del Imperio ostentaron tanta magnificencia; pero se le dió tanta pompa como lo permitia á la sazón el estado de Francia. El único verdadero lujo de aquel tiempo consistia en la bizarría de las tropas: se habian reunido tres mil hombres escogidos, entre los cuales llamaba notablemente la atención el soberbio regimiento de guías. Todos marchaban en el mayor orden con su música á la cabeza. Los generales y su estado mayor iban á caballo, los ministros en coche, para lo cual se habian tomado casi todos los que habia algo notables en París; pues habia sido forzoso para transportar el Consejo de Estado en corporacion, recurrir á los fiacres, de los cuales únicamente se habia tenido cuidado de tapar el número con papel del mismo color que el fondo del vehículo. El coche del primer cónsul

era el único que iba tirado por seis caballos blancos, y estos seis caballos blancos inspiraban un recuerdo de gloria y de paz; eran los que el emperador de Alemania habia dado al general en jefe del ejército de Italia despues del tratado de Campo-Formio. Bonaparte llevaba tambien aquel dia el sable magnífico que Francisco José le diera en la misma circunstancia. El primer cónsul, llevando á su izquierda á Cambaceres y en el asiento de delante á Lebrun, atravesó una parte de París siguiendo la calle de Thionville y el anden de Voltaire hasta el Puente Real. En el patio del Carrousel las tropas se habian formado en batalla. Al momento en que se paró el coche de los cónsules, Bonaparte bajó rápidamente, y al instante, ó por mejor decir, saltó á caballo y pasó revista á las tropas, en tanto que los otros dos cónsules subian á los aposentos donde les aguardaban los ministros y el Consejo de Estado. Gran número de mujeres vistiendo con elegancia el traje griego que á la sazón estaba de moda, ocupaban con la esposa de Bonaparte las ventanas de la morada del tercer cónsul, en el pabellon de Flora. De todas partes afluía gran número de espectadores imposible de describir: habíanse alquilado á gran precio muchas ventanas que daban á la plaza del Carrousel, y de todas partes se oía gritar como de una sola voz ¡Viva el primer cónsul! ¡Quién no se habria embriagado de tanto entusiasmo!»

Aquellas tropas curtidas por el sol de Italia desfilaron en presencia de Bonaparte. Este se inclinaba delante de las banderas que iban pasando mutiladas, acribilladas á balazos, atezadas por el humo de la pólvora. «Cada uno de esos homenajes del gran capitán á enseñas mutiladas en el campo de batalla, fué saludado por miles aclamaciones, y terminado el desfile, el primer cónsul subió con paso arrogante la escalera de las Tullerías.» El dia siguiente dijo á su secretario particular y amigo Bourrienne: «Amigo mio, no todo consiste en estar en las Tullerías; es preciso permanecer aquí.»

No queremos censurar á Napoleon el deseo

vehemente que le hacia sentir la gloria de go-
bernar; porque su ambicion no era una de esas
pasiones mezquinas y raquiticas q ue nada pue-

Sentiase con aptitud de gobernar, y quiso go-
bernar para elevar á su patria desde el pro-
fundo abismo en que la dejaran los trastornos



EL PRIMER CÓNsul Y LA SANTA SEDE FIRMANDO EL CONCORDATO (13 DE JULIO DE 1801).

den para el bien ó la grandeza, y si solo para
el mal y lo raquitico. En Bonaparte todo fué
noble y grande; hasta sus vicios y crímenes,
si se quiere, llevaron el sello de su naturaleza
de coloso en el sentido moral de la palabra.

anteriores. El pretendiente Luis XVIII le es-
cribió reclamándole el trono; Bonaparte le con-
testó: «Caballero, he recibido vuestra carta,
y os doy las gracias de las frases halagüeñas
que en ella me decís. No debeis desear vues-

tra entrada en Francia, porque tendríais que avanzar por encima de cien mil cadáveres. Sacrificad vuestro interés al reposo y felicidad de la Francia. La historia os tendrá en cuenta tamaño sacrificio. No soy insensible á las desdichas de vuestra familia, y tendré un verdadero placer en saber que os hallais rodeado de todo cuanto pueda contribuir á la tranquilidad de vuestro retiro.»

No podia, empero, Bonaparte dormirse un solo momento sobre los laureles de sus triunfos: no podia ocultársele que las victorias de Zurich y Bergen eran tan solamente un alto impuesto por poco tiempo á los enemigos de su patria. Confiado en su afortunada estrella, contaba triunfar pronto y rápidamente de los aliados aterrándoles con los golpes atrevidos, imprevistos de su genio guerrero. El dia despues de ponerse en práctica la constitucion del año VIII, rompiendo con todos los usos de la diplomacia admitidos hasta allí y para sojuzgar mejor el espíritu de la opinion pública, mandó al rey de Inglaterra la carta siguiente:

«Señor: Llamado por los votos de la nacion francesa á ocupar la primera autoridad de la República, creo conveniente, al entrar en el ejercicio de mi cargo, participarlo directamente á Vuestra Majestad.

«La guerra que desde ocho años desola las cuatro partes del mundo, ¿ha de ser eterna? ¿No hay medio ninguno de llegar á una inteligencia?»

«¿Cómo se explica que las dos naciones mas ilustradas de Europa, poderosas y fuertes mas de lo que exigir pudieran su seguridad é independencia, puedan sacrificar á ideas de vana grandeza el bien del comercio, la prosperidad interior, la felicidad de las familias? ¿Cómo no comprenden que la paz es su primera necesidad, la primera de sus glorias?»

Otra parecida envió Bonaparte al emperador de Alemania; pero la casa de Austria, que poseia toda la Italia y contaba con conservarla; la Inglaterra, que no queria en modo alguno dejar Malta y el Egipto á los franceses, desecharon las hábiles proposiciones de Na-

oleon; la primera con palabras moderadas, la Inglaterra con una violencia que revelaba todo el encono que su primer ministro, Guillermo Pitt, sentia por la Francia. Esta respuesta de Pitt trajo una réplica de Bonaparte en la que este rechazaba la eterna acusacion lanzada á Francia de haber atacado primero, y probó que su nacion habia tomado las armas en 1792 únicamente para resistir á una conspiracion europea tramada contra su seguridad. Nunca faltan motivos, razones ó pretextos para el que pretende á todo trance empuñar una guerra, mayormente cuando cuenta con muchos medios de ataque aquel á quien se provoca. Sin embargo, Napoleon ha querido siempre sincerarse; y, en efecto, véase este párrafo que escribió mucho mas tarde en Santa Elena:

«El ministro Pitt fué el árbitro de toda la política europea; tuvo en sus manos la suerte moral de los pueblos; usó mal su poder, inflamó el universo, y su nombre será inscrito en la historia á la manera del de Erostrato, entre las llamas del pesar y del llanto... Ante todo, las primeras chispas de nuestra Revolucion, luego todas las resistencias al voto nacional, y por último todos los crímenes horribles que se perpetraron en consecuencia, fueron obra suya. Esa conflagracion universal de veinte y cinco años, los mares de sangre de los pueblos que han sido el resultado... el malestar universal de hoy, todo es obra suya. La posteridad lo comprenderá y á él le señalará como á una verdadera plaga: ese hombre tan elogiado en su tiempo, no será mas que el genio del mal... Pero lo que sobre todo echará la historia en cara de Pitt, será la horrible y repugnante escuela que ha dejado en pos de sí; el maquiavelismo insolente que la distingue, su inmoralidad profunda, su frio egoismo, su desprecio por la suerte de los hombres ó la justicia de las cosas.»

Era preciso volver á tomar las armas y emprender de nuevo la guerra: eso creyó Bonaparte; eso fué lo que pronto decidió el gobierno francés.



CAPITULO V.

1. Massena sitiado en Génova y paso de los Alpes por Napoleon. — 2. Marengo. — 3. Batalla de Hohenlinden. — 4. Paz de Luneville. — 5. Continuación de hostilidades contra Inglaterra. — 6. Los franceses arrojados de Egipto. — 7. Paz de Amiens. — 8. Administración de Bonaparte. — 9. El concordato. — 10. La máquina infernal. — 11. El consulado de por vida. — 12. Política extranjera del primer Cónsul. — 13. Mediación en Suiza. — 14. Intervención en Alemania. — 15. Expedición de Santo Domingo. — 16. Rompimiento de la paz de Amiens. — 17. Conspiración de Cadoudal y Pichegrú. — 18. Suplicio del duque de Enghien.

1.—Dada la actitud de Inglaterra, no podía el altivo primer cónsul prescindir de empuñar otra vez la espada de guerra; y toda vez que este había procurado atraerse la opinión en tales circunstancias, pensaba hacer una campaña gloriosa y decisiva. Había dado el mando del ejército de Alemania á Moreau, y el mando del de Italia á Massena, que no contaba mas que treinta y seis mil hombres para oponer á los ciento veinte mil austriacos que capitaneaba el general enemigo Melas.

En consecuencia, Massena fué derrotado por los austriacos y una parte de sus tropas fué arrojada con Suchet hasta la orilla del Var, en tanto que con la otra parte compuesta de quinientos á diez y ocho mil hombres se encerraba dicho general en jefe en la ciudad de Génova, donde sostuvo un glorioso sitio, reteniendo cerca de él por espacio de dos meses (hasta el 4 de junio) al ejército austriaco, mientras Bonaparte llevaba á cabo uno de esos actos militares que son propios de los hombres de genio. El ejército sitiado se encontraba en graves apuros: durante todo el segundo mes del sitio careció la plaza de carne, y después de haberse alimentado con carne de caballo y animales inmundos, se vieron reducidos los sitiados á comer tan solo pan de cebada, y luego á un alimento sin nombre compuesto de almidón y grano de lino. «Antes de rendirse, decían los soldados de Massena, tendríamos que comernos las botas.» ¡Mas no fué necesario llegar á tal extremo! merced á la evolución practicada por el primer cónsul.

La línea de operaciones de los austriacos cogía desde Estrasburgo hasta Niza, dejándola cortada el territorio suizo que, como una cuña, penetraba en ella facilitando á los franceses atacarla por dos puntos á la vez. Si se podía engañar al austriaco respecto de los movimientos de los ejércitos franceses, podían estos desembocar por el Alto Rhin, detrás del general de Kray, ó por los Alpes, detrás del baron de Melas, que tenía encerrado á Massena. Bonaparte resolvió practicar ese doble movimiento con ayuda del general del ejército francés de Alemania; pero Moreau en lo que le incumbía no hizo mas que efectuarlo á medias: consiguió, no obstante, pasar el Rhin y concentrar sus fuerzas en Schaffouse, logrando, después de algunos combates victoriosos, rechazar á los austriacos mandados por Kray (3 á 5 de mayo) hasta el campamento atrincherado de Ulma. Mientras que Moreau los tenía allí encerrados, Bonaparte trasponía los Alpes para caer de improviso y por sorpresa sobre el enemigo.

Para detener á Melas que amenazaba el Var, y á Kray que amenazaba el Rhin, el primer cónsul hizo anunciar con grande aparato que se iba á reunir en Dijon un ejército de sesenta mil hombres. Los espías de las potencias enemigas de Francia corrieron á esa ciudad, donde vieron reunirse varios inválidos que instruían algunos quintos, y escribieron á sus respectivos gobiernos que aquel ejército de reserva anunciado en Francia con tanto estruendo no era mas que una astucia de guerra

para espantar á los generales austriacos y amortiguar sus progresos. Sin embargo, el ejército de reserva existía en realidad; formábase en todos los caminos de Francia con cuerpos aislados, salidos de la Vendée, Tolon, Marsella, París y otros puntos: por el camino recibían municiones, caballos, fusiles, víveres, vestidos, y se concentraban lentamente sin ruido

sus mapas y poniendo señales de diferentes colores para figurar las posiciones de los cuerpos franceses y austriacos, decía delante de Burrienne, que le escuchaba con asombro y curiosidad: «Este pobre general Melas pasará por Turin, se replegará hácia Alejandria... Yo Pasaré el Po, le alcanzaré en la carretera de Plasencia, en las llanuras de Escrivia, y



ARRESTO DEL DUQUE DE ENGHEN (MARZO DE 1804).

hácia Ginebra y Lausana. Á primeros de mayo se encontraban todos esos cuerpos en Helvecia, y Napoleon, siguiendo desde las Tullerías todos los movimientos de Melas que hacia internar mas y mas sus tropas en la Liguria, veía realizarse de antemano el plan que habia concebido para sorprender y vencer á sus enemigos.

Encontrábase Bonaparte cierto dia, pocos antes de ponerse en campaña, inclinado sobre

aquí le batiré, aquí.» Esto diciendo, marcaba otra señal en San Juliano. Era esto profetizar toda la campaña de antemano. Salió de París el dia 6 de mayo: se dejó ver en Dijon y corrió á Ginebra. El general de ingenieros, Marescot, habia recibido con antelacion el encargo de estudiar los pasos mas fáciles de los Alpes, y se decidió por el monte de San Bernardo, si bien tenia por muy difícil practicar semejante operacion. «Pase porque sea difi-

cil, replicóle Bonaparte; ¿pero es posible?— Yo lo creo, si se hacen esfuerzos extraordinarios.— Pues bien, ¡en marcha!» Desmontóse los cañones que fueron colocados en una especie de carretas sólidas y provistas de ruedas pequeñas; se repartieron las cureñas y municiones para trasportarlas á lomo de los mulos, pues tenia que atravesarse diez leguas por caminos impracticables para los carruajes.

tropas encontraron las provisiones que Napoleón habia con tiempo mandado acumular allí. Después de algun descanso se bajó hasta la aldea de Saint-Remi, donde empezaba la carretera. Los dias siguientes pasaron las divisiones, las cureñas, las municiones. Las piezas de artillería, sobre todo las de á doce y los obuses, presentaron serias dificultades para el transporte. Acomodáronse en troncos de pinos



BAILE EN EL PABELLON HANNOVER.

Comenzó el paso de los Alpes la noche del 14 de mayo. Una vanguardia de seis bravos regimientos, mandados por Launes, rompió la marcha á las doce en punto de la mencionada noche. Se quiso poner en movimiento el ejército antes de la salida del sol para no tener que temer el desprendimiento de los aludes, fenómeno mas frecuente después del calor del dia. Se necesitaban ocho horas para llegar al monasterio de San Bernardo, donde las

vaciados, y á cada uno de ellos se destinaron cien hombres para arrastrarlos: la música resonaba en los pasos mas dificultosos hasta que todo pasó. Pero un obstáculo imprevisto detuvo el ejército. Launes se encaminaba á Ivrea y encontró la carretera cerrada por la inexpugnable fortaleza de Bard. Inútiles fueron todos los esfuerzos tentados para tomarla: Bonaparte en persona acudió; pero luego se convenció de la imposibilidad de tomar aquel peñon. Mandó

flanquearlo, tomando por un sendero estrecho la infantería y caballería. En cuanto á la artillería no habia otro medio que pasar al pié mismo de la fortaleza. Por eso el gobernador de esta escribió á Melas que no dejaria pasar un solo cañon. Cubrióse la carretera de paja y yerba, se envolvió las piezas de artillería con estopas; los artilleros las arrastraron y durante la noche atravesaron en medio de una lluvia de proyectiles aquel peligroso desfiladero.

El ejército de Italia se hallaba, pues, reforzado por de pronto con cuarenta mil hombres y luego se le uniria tambien otro ejército de veinte mil que llegaba por otros pasos. El general austriaco ignoraba todos esos movimientos y aun tardó mucho en querer darles crédito, hasta que, por fin, no le fué dado dudar por mas tiempo sabiendo la entrada de Bonaparte en Milan. Concentró rápidamente sus tropas para abrirse paso antes de encontrarse envuelto; pero el dia 9 de junio se encontró con Launes en Montebello, y no pudo pasar. Igualmente habia fracasado en tres tentativas sobre Plascenza para apoderarse del puente de esta ciudad sobre el Po. Por lo cual, encerrado entre este rio, los Apeninos y el ejército francés, tuvo que presentar batalla en posiciones desventajosas. Trabóse la pelea cerca de Alejandria, junto al pueblecito de San Giuliano, que Bonaparte en las Tullerías designaba como el teatro de la victoria, y cerca de la villa de Marengo, cuyo nombre se ha hecho memorable por el triunfo allí alcanzado por los franceses de Napoleon.

Terrible, desesperado fué el encuentro. Bonaparte no tenia á la mano todas las fuerzas, pues para impedir que Melas pudiese escaparle, habia tenido necesidad de esparramar sus tropas formando una vasta red por cuyas mallas no pudiera aquel general austriaco pasar. Tenia tropas en el Tesino, en los Apeninos y en Plascenza. Trabáronse tres batallas aquel dia: la primera de las cuatro á las diez de la mañana, por Launes y Víctor, al frente de quince mil hombres contra treinta y seis mil austriacos, la cual ganaron estos: los franceses, atacados por doscientos cañones y una

fuerte caballería, abandonaron la villa de Marengo, en el punto en que Bonaparte llegaba con su guardia consular. Coloca el general francés sus ochocientos granaderos escogidos en medio de la llanura formados en cuadro y contra ellos se estrella el enemigo como delante de una fortaleza inexpugnable. Con su fuego mortífero detienen los franceses la caballería austriaca; pero por fin tuvieron que retirarse para concentrarse. Launes emplea dos horas en recorrer el espacio de una y la guardia consular retrocede. Melas se considera dueño del campo; pues con ansiedad entra en Alejandria dejando que su jefe de estado mayor rematase al enemigo, y envia á todos los gabinetes de Europa correos portadores de la noticia de haber alcanzado una gran victoria sobre los franceses.

Habiase empeñado otra batalla, y á las tres de la tarde la habian perdido tambien las fuerzas de Napoleon. Empero destacado el general Desaix la noche antes hácia Novi, en busca del enemigo cuyo paradero no se creia estuviese en Marengo, oyó el espantoso cañoneo: se detiene y comprendiendo que el deber de un teniente general es de correr en ayuda de su jefe, se volvió á tomar toda su division y con ella pareció en el campo de batalla en el punto en que los austriacos formados en columna cerrada se esforzaban en ganar la carretera de Plascenza, única via de salir del círculo de franceses que les cercaba. Bonaparte empieza en seguida una nueva batalla: lanza á Desaix con seis mil hombres de tropas frescas sobre el frente de la columna austriaca, en tanto que todo el resto del ejército carga sobre los flancos enemigos. Desde los primeros instantes la lucha se traba con encarnizamiento; Desaix cae, atravesado el pecho por una bala; pero sus soldados no dejan de acometer con furor. Kellerman carga al galope con sus escuadrones; Marmont descubre de improviso una batería de doce cañones. La columna austriaca á la vez que se resiente de la furiosa acometida hecha á su frente, queda copada en dos trozos, uno de los cuales queda cogido y el otro se pronuncia en desorde-

nada fuga. Apodérase el pánico de la caballería austríaca y se dispersa huyendo en diversos sentidos. En suma, la derrota de los austríacos es completa; Melas se ve obligado á capitular, y de consiguiente los franceses se hacen de nuevo dueños de Italia (día 4 de junio del año 1800).

3. — Después de la victoria de Marengo, Bonaparte se hallaba dispuesto á negociar sobre las bases del tratado de Campo-Formio. Pero las gestiones de Inglaterra hicieron que la guerra continuase. Moreau en Alemania se mantenía á la ofensiva, obligaba á los austríacos á dejar su campo atrincherado de Ulma y amenazando con una victoria en Hochstedt la retirada del enemigo, penetraba hasta la capital de Baviera. De suerte que el Austria, que no tenía ya ejército en Italia, se veía impotente para arrojar de su propio territorio á los franceses. Entonces fué cuando mas señaladamente se mostró dispuesta á negociar; pero el gabinete inglés, como decíamos, acudió con sus subsidios, y el gabinete de Viena llevando con lentitud las negociaciones de Lunville, obligó á Bonaparte á emprender de nuevo la lucha para conquistar la paz. Moreau, por consiguiente, recibió la orden el día 28 de noviembre de empezar otra vez las hostilidades y trasponer el Inn para marchar sobre Viena, mientras tanto que Macdonald desembocaría del canton de los Grisones por el Tirol, y Brune forzaria el paso del Mincio y el del Adige.

En consecuencia de esas disposiciones Brune rechazaba á los austríacos hasta mas allá del Adige, y Macdonald, bajando hácia la retaguardia de los mismos por el Splugen, amenazaba incomunicarlos. Durante esas operaciones, seis mil franceses é italianos se apoderaban de Toscana, donde reinaba un príncipe austríaco, y Murat arrojaba los napolitanos de los Estados Pontificios. Moreau entre tanto, teniendo á su disposicion un ejército magnífico de cien mil hombres perfectamente organizado y provisto, defendía la línea del Isar, apoyado en Munich. Los austríacos tenían la línea del Inn. Entre los dos rios se estiende

una gran selva, cuyo centro ocupa la aldea de Hohenlinden. Aquel país está cubierto de eminencias, cuyas mesetas, llenas de árboles y malezas, se inclinan hácia el Norte y bajan al Danubio por vastas gradas sucesivas que acaban en un suelo bajo y pantanoso. Los dos generales tomaron la ofensiva á la vez, y ambos por la derecha: Moreau dirigiendo á Richepanse hácia Wassenburgo, donde habia de pasar el Inn, y el archiduque Carlos proponiéndose envolver la línea francesa sorprendiendo el paso del Isar. El general francés ocupaba además el claro de Hohenlinden.

Los austríacos no habian previsto sin duda las dificultades de su plan; pues en su ejecucion encontraron tantos obstáculos, que por fin tuvieron que interrumpirse á la mitad de su obra y resolver el ataque de frente para ganar las gradas ó mesetas mencionadas, en tanto que el grueso de sus fuerzas marcharia directamente á Hohenlinden á través de la selva. Si el general francés hubiese sabido tener á la mano todas sus tropas, fácil le habria sido envolver y copar á sus enemigos; mas no supo oponer sino cincuenta mil hombres á los setenta mil que le oponia el archiduque, si bien que ocupaba posiciones ventajosísimas, y los austríacos tenían que atacarle al descubierto en alturas que eran otras tantas fortalezas. De ahí que, no obstante todo lo dicho, batió á sus enemigos causándoles grandes pérdidas. El austríaco se vió metido en un laberinto, donde se vió en el centro atacado furiosamente por la derecha francesa y precisado á detenerse por un lado en tanto que por el otro el general Ney, que le atacaba de frente, le empujaba, hasta que por último se declaró la victoria en favor de los franceses. Los alemanes tuvieron ocho mil muertos y heridos, doce mil prisioneros y al mismo tiempo perdieron ochenta y siete cañones (3 de diciembre de 1800).

Seis dias después de tan señalada victoria pasaba Moreau el Inn, luego el Salza, después el Traun y se apoderaba de Lintz, del Danubio y de Steyer del Ens. De manera que se encontraba á las puertas de Viena sin que

los ejércitos austríacos pudieran oponerle una firme resistencia capaz de detenerle en su avance; pero el gabinete austríaco le detuvo prometiendo aceptar las condiciones de paz que la Francia imponía.

4.—El día 9 de febrero de 1801 firmábase la paz de Luneville, en virtud de la cual el emperador aceptaba las bases del tratado de Campo-Formio, que confirmaba á los franceses la posesion de la ribera izquierda del Rhin y limitaba la frontera del Austria hasta la orilla oriental del Adige. Reconocía al mismo tiempo las repúblicas báltava, suiza, ligur y cisalpina, poseyendo esta última todo el valle del Po, desde el Sesia y el Tanaro, hasta el Adriático, y el nuevo reino de Etruria formado para la rama española de Parma á expensas del gran duque de Toscana, hermano del emperador.

Muchas eran las ventajas que la Francia obtenía con aquel tratado; puesto que, entre otras cosas, la corte de Nápoles, á la que amenazaba con un ejército mandado por Murat, se apresuró á prometer que cerraría las puertas á los ingleses, y recibió guarnicion francesa en Otranto, Tarento y Brindis. En Ancona y Liorna habia ya guarnicion francesa; por lo cual puede decirse que los franceses eran dueños de toda la Italia. Al propio tiempo España, aliada de Francia, se comprometía á obligar á los portugueses á romper la alianza que tenían con Inglaterra, y el emperador de Rusia ofrecía la paz y amistad al primer cónsul. Francia, pues, se encontraba mejor organizada en el interior y en paz con las principales potencias del continente.

Sin embargo, Italia no contaba en sí propia fuerzas suficientes para bastarse á conservar su buen orden y en paz las diferentes repúblicas sometidas á la de Francia. Los trastornos y disensiones intestinas por una parte, y la ambicion de Bonaparte por otra, dieron por resultado que este se decidiera á formar de los distintos Estados italianos una sola nacion, agregándola á su gobierno directo; y de eso nació en verdad la mas temible coalicion de Europa contra la Francia; porque ya no po-

dia verse en tal acto la obra de un pueblo que hacia la guerra para implantar el gobierno de la libertad é igualdad, segun proclamaban los franceses, sino la revelacion de un ambicioso conquistador desvanecido con la gloria de sus triunfos, que, so capa de libertad, intentaba la esclavitud y dominacion de otras naciones. Uno de los historiadores del imperio francés exclama en medio de su obcecada vanidad francesa: «El origen de todas nuestras desgracias á la vez que de todas nuestras glorias, fué el tratado de paz de Luneville.» No es envidiable por cierto ese género de glorias de que parece engreido el mencionado historiador.

5.—Inglaterra fué tal vez la única potencia que, acaso movida por la rivalidad, descubrió los intentos de Bonaparte. No obstante el tratado que acababa de celebrar la Francia con el Austria luchaba todavía, fomentaba la guerra contra los franceses, intrigaba para oponer á su rival obstáculos, dificultades, la guerra, en una palabra. La causa principal de su obstinacion la encontraríamos tal vez, examinando bien la cuestion, en la creencia que abrigaba la Gran Bretaña de ser inatacable, en cuanto conocia que por mar no reconocia rival, y por consiguiente que era difícil hacer en su territorio, resguardado por las grandes trincheras de su costa y los inmensos fosos del Océano, una invasion extranjera que pudiese acometerla con ventaja. Las naciones, empero, comenzaban á comprender los verdaderos móviles que Inglaterra tenia para sostener á todo trance la guerra; comprendieron que su objeto era la dominacion sin rival de los mares, y como la Francia era la única nacion que podria, en medio de la prosperidad, hacerle competencia como potencia marítima, importábale impedir que su rival pudiera prosperar con la paz.

El czar Pablo I, halagado por el primer cónsul, que en el momento en que los ingleses tomaban la isla de Malta, se la habia cedido; el rey de Prusia, á quien Bonaparte habia enviado el día 19 del brumario, su ayudante Duroc con una mision sumamente grata á la Pru-

sia; los reyes de Suecia y Dinamarca, á los cuales Inglaterra molestaba dificultando su comercio por mar y cuyos pabellones insul-

ban en sus puertos, y el día 21 de mayo del año 1801 los almirantes Nelson y Parker forzaban el paso del Sund y sostenían junto á los



LAS TULLERÍAS EN 1800, SEGUN UN GRABADO DE LA ÉPOCA.

taba, habían renovado la alianza de los neutrales (16 de diciembre de 1800). La Gran Bretaña respondió á la actitud hostil de esos soberanos poniendo el embargo á todos los buques de las potencias aliadas que se encontra-

muros de Copenhague una batalla naval sostenida firmemente por los daneses, que, sin embargo, para evitar á su capital los horrores de un bombardeo, firmaron una suspension de armas.

La muerte del czar Pablo I, asesinado en su propio palacio por sus cortesanos y la empresa atrevida de los ingleses, pusieron fin á la alianza de los neutrales. Pues Alejandro, hijo y sucesor de Pablo I, emprendió una política muy distinta de la de su padre, y dejó á la Francia sola para hacer frente á la defensa de los mares. Los ingleses con sus ciento noventa y cinco navíos de línea y sus doscientas cincuenta fragatas de guerra tenían sobre el mar una superioridad tal de fuerzas, que distaba mucho la Francia de poder contrarrestar. Al contrario, ni siquiera podía esta nación enviar socorros á Malta, que aquellos tenían bloqueada, ni al ejército de Egipto que amenazaban. De ahí se infiere que ninguna potencia se hallaba en el caso de poder estorbar el comercio inglés, fuente de la fabulosa prosperidad que aun en nuestros días disfruta la Gran Bretaña.

6.—El general que había quedado al mando del ejército de Egipto y encargado de sostener las conquistas allí hechas, era un general excelente y grande en medio del peligro, pero poco idóneo para el gobierno pacífico de un pueblo que exigía mucho tino y diplomacia. En suma, Kleber era un buen guerrero, pero un administrador más que mediano. Irritóle profundamente la idea de haber de quedarse estacionado en Egipto, y con dejarse dominar por el desaliento abatió el ánimo de sus tropas, que no tardaron mucho tiempo en manifestar su ardiente deseo de salir cuanto antes de aquella región. En tal estado invadió el Egipto un ejército turco de ochenta mil hombres, y Kleber, obligado por la opinión de sus tropas, que á toda costa querían volver al continente europeo, firmó con el comodoro Sidney-Smith el convenio de El-Arish, en virtud del cual sus tropas habían de ser llevadas á Francia en buques ingleses. Engañado el gabinete británico por ese desaliento de los franceses, reprobó el convenio firmado por su representante y exigió que el ejército de Egipto se rindiese á discreción. Recobra entonces Kleber su energía; derrota á los turcos en la sangrienta jornada de Heliópolis (20 de marzo del

año 1800), se apodera otra vez del Cairo, que se había sublevado tan pronto como las tropas francesas salieran de él, y restaura con sus vigorosas batallas la dominación francesa en Egipto.

Pero Kleber no pudo gozar de su triunfo: conforme hemos indicado en otro capítulo, murió asesinado por haber castigado al mismo sabah que Napoleón perdonara cuando la insurrección primera del Cairo promovida por los principales jefes de la población indígena. Pero Kleber no quiso, ó mejor dicho, no podía por su temperamento ser tan generoso como Bonaparte, y mandó esa vez dar cien azotes á dicho jefe, cuya venganza se encargó de llevar á cabo un fanático llamado Soliman, que tras muchos días de paciencia, acechó la ocasión oportuna para realizar su criminal intento (14 de junio de 1800).

El mando de las tropas pasó al general Menou, cuya incapacidad como jefe de guerra hemos hecho constar más arriba. Dejó á los ingleses desembarcar en la península de Abukir en número de diez mil, los atacó sobrado tarde y con fuerzas inferiores (21 de marzo de 1801). Pocos días después (9 de abril) fué derrotado en la batalla de Canope y tuvo que evacuar el Cairo y Alejandría, firmando por último un tratado que le obligaba á salir del Egipto, cuya pérdida afligió en gran manera á Bonaparte, que se proponía hacer de aquella región una magnífica colonia francesa y dominar desde ella el Indostan, atacando así á los ingleses que eran dueños de este último territorio.

7.—De consiguiente, aquel suceso fué de gran ventaja para Inglaterra, que celebró con entusiasmo aquel triunfo que venía precedido de otro no menos importante, la toma de Malta después de un bloqueo de más de dos años. Y en verdad que la Gran Bretaña tenía suma necesidad de aquellas victorias para reponerse de los quebrantos que sufría en lo concerniente á la hacienda; pues se veía agobiada bajo el peso de una deuda de doce mil millones de francos, y de inmensas miserias á las cuales se veían condenadas las

clases obreras á causa de la exorbitante carestía de los viveres y artículos de perentoria necesidad, como el vestir, etc. Y á la par que desolaba á la poblacion inglesa esa miseria general, su gobierno veía con espanto el progresivo incremento de la marina de Francia, que al poderoso impulso de Napoleon renacia como formándose y reconstituyéndose con elementos nuevos de fuerza, riqueza y poderío. Ganteaume habia corrido impunemente dos veces consecutivas con una escuadra todo el Mediterráneo. El contraalmirante Linois acababa de trabar á la vista misma de Gibraltar el empeñado combate naval de Algeciras, donde con tres navíos habia combatido con seis y destruyó dos.

Finalmente, Bonaparte disponia un golpe mas rudo contra la Inglaterra, deseoso de sobreponerse de una vez á esa nacion y atacar de frente á la verdadera causante de todas las guerras europeas, es decir, al enemigo de Francia mas obstinado en abatirla. Bonaparte, pues, preparaba en Bolonia una poderosa escuadra compuesta de infinidad de chalupas cañoneras, para hacer luego con ellas una invasion en la Gran Bretaña. No obstante, el primer cónsul tuvo que suspender su atrevida obra, pensando utilizarla mas adelante. El almirante inglés, que recibiera la orden de incendiar aquellas «cáscaras de nuez,» no pudo lograr su intento, y el temor por una parte, y la coalicion marítima celebrada con Dinamarca y Suecia por otra, aplacaron por un momento el rencor de la aristocracia inglesa, firmándose en consecuencia la paz de Amiens (dia 15 de marzo de 1802). En virtud de ese tratado se reconocian todas las conquistas continentales de Francia, así como las repúblicas fundadas con la fuerza de sus armas. Inglaterra devolvió las colonias francesas de que se apoderara, lo propio que la isla de Malta á los caballeros de San Juan y el Cabo á los holandeses.

Inútil es decir que la paz de Amiens fué acogida por el pueblo inglés con no menos alegría que en Francia; pues comprendian los desdichados obreros ingleses que los grandes

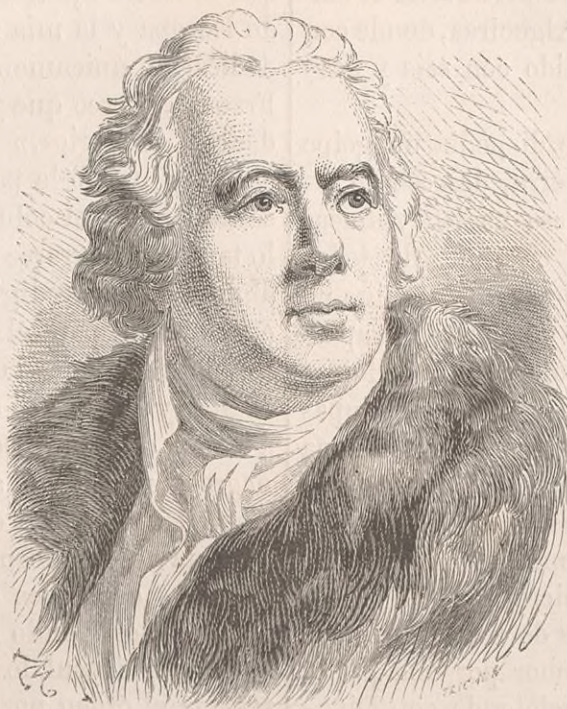
dispendios que su gobierno tenia que hacer para satisfacer los implacables rencores de la aristocracia inglesa, no podian menos de causar la miseria general que sufrían. Además, los tratados de paz que se habian firmado con las potencias continentales no podian considerarse sino como treguas ó armisticios; pero ahora parecia asegurada la paz y por lo tanto la prosperidad de Francia que no podia dejar de efectuarse merced al impulso poderoso del genio de Bonaparte. «En Amiens, ha dicho este posteriormente, creia de muy buena fe que se habia fijado la suerte de la Francia, la de Europa y la mia; acabada la guerra iba á dedicarme únicamente á la administracion de Francia, y creo que yo habria dado á luz verdaderos prodigios.»

8.— Cuando la paz de Amiens, Bonaparte se hallaba en el colmo de la gloria; podia por lo tanto consagrarse á producir ante el mundo alguno de los prodigios que se prometia. Pero en mal hora para él se atravesaban en el camino de su gloria la pérdida de Egipto, la de Malta, y el fracaso de la expedicion enviada á la isla de Santo Domingo para obligar á los negros á respetar la autoridad de la metrópoli. Verdad es que esos desastres sufridos léjos de Francia apenas despertaban un eco en los entusiastas corazones de los franceses; olvidábanlos estos viendo que bajo la autoridad de su primer cónsul los partidos se calmaban y renacia el orden por doquiera.

Mientras tanto Bonaparte procuraba fomentar las artes é industrias de su patria, esforzándose en acostumar á sus gobernados á fabricarse por sí mismos los artefactos que no podian ya comprar á los ingleses. Contribuia al incremento de la prosperidad francesa el reparto de las tierras; pues en virtud de la venta de bienes nacionales se habian distribuido entre varias manos antiguos dominios feudales que hasta allí produjeran poco, y que relativamente el trabajo personal del propietario recieniente hacia mucho mas productivos. El comercio era protegido, acaso demasiado; la hacienda se reorganizaba mas cada dia; y por último los presupuestos quedaron nivelados

tras un siglo de déficits ruinosos. Reparábanse las carreteras y los puentes; llenábanse los arsenales. En París se levantaban tres puentes arcados sobre el Sena. Entre los valles del Soma y del Oise se abría el canal de San Quintín; entre Francia é Italia se practicaba la difícil carretera del Simplon, al tiempo que se estudiaban los planos para abrir las del monte Cenís y de Ginebra. Fundábanse hospicios en la cima de los Alpes. Se discutía el código civil reformado á presencia de Bonaparte, mientras que él estudiaba el proyecto de una poderosa

amnistía amplia y completa, si bien consagrando la validez de las propiedades adquiridas con las compras de los bienes nacionales, secuestrados por los gobiernos anteriores á la nobleza y á los mas ardientes partidarios de la monarquía de los Borbones; dejaba volver á Francia á los sacerdotes injuramentados, restablecía el Catolicismo, abría de nuevo los templos á los católicos, y, finalmente, celebraba con su firma el concordato con el papa Pio VII, ó sea la paz religiosa (15 de julio de 1801). El concordato encontró una acér-



DUCIS.

organizacion de la enseñanza pública, el de la Universidad y el de una institucion de recompensas nacionales, que, si humilde en su principio, habia de ser mas adelante el mas glorioso distintivo honorífico de Francia, la Legion de honor.

9. — Bonaparte se dedicaba á un trabajo inaudito, que le permitia verlo todo, examinarlo todo y efectuarlo. Las letras, las artes, las industrias recibian cada dia nueva proteccion. Extraño el primer cónsul á los rencores de los diez años anteriores, permitia á los emigrados volver á su patria proclamando una

rima oposicion en el seno del Tribunado, del cual tuvo Bonaparte que espurgar los miembros indóciles con el nuevo golpe de Estado del 12 de marzo de 1801. Á pesar de esa oposicion fué adoptado por los tribunales, que le agregaron los *artículos orgánicos* que lo completaban. Tambien lo sancionó el cuerpo legislativo.

En virtud del concordato firmado por el legado de Pio VII, Gonsalvi, la Francia se dividió en diez arzobispados y cincuenta obispados; señalóse una dotacion al clero en sustitucion de la antigua dotacion territorial. El

LA VITTA POR ESPAÑA

... de la ... y ...

TERCERA PROPUESTA

... de la ... y ...

... de la ... y ...

LA VITTA POR ESPAÑA

... de la ... y ...

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

TERCER PROSPECTO.

Nuestro viaje está recorriendo su tercera etapa.

Después de haber visitado siete provincias, hemos llegado á la de Barcelona, y nuestro trabajo encuentra en esta localidad un campo mas vasto en que poder desarrollarse.

Historia, artes, ciencias, industria, comercio, todo parece haberse reunido en Barcelona para dar mas importancia á esta region de España, que si grandes recuerdos encierra en su pasado, no menos preclaros timbres ha llegado á obtener en los presentes.

Ardua fue la tarea que nos impusimos al dar comienzo á nuestra publicacion, graves dificultades nos salen á cada momento al paso, dificultades que hemos conseguido ir venciendo, habiendo llenado nuestro cometido, si no con la perfeccion que hubiésemos deseado, al menos hasta donde nuestra humilde inteligencia ha podido alcanzar.

Barcelona, como ya hemos dicho, nos ofrece un campo mas dilatado; las dos épocas que nos presenta, la pasada y la presente; el trabajo de la inteligencia y el trabajo de la política; los hombres que dieron importancia por medio de las armas, de los tratados y de las conquistas á la antigua corona de Aragon, y los hombres que á fuerza de perseverancia, de laboriosidad y de energía han sabido nivelar su industria con las mas importantes del extranjero, concurrendo con su óbolo á la ereccion de ese gran monumento que la civilizacion moderna está construyendo, ofrecen mucho á los ojos del viajero y mucho tambien á la pluma del historiador.

El pasado y el presente de Barcelona serán visitados por nosotros con la misma escrupulosidad que lo han sido las anteriores provincias. La misma marcha que en estas hemos seguido, la continuaremos en la que hoy damos comienzo, y tan ameno como ha sido el viaje por aquellas, tan recreativo procuraremos que sea en esta.

Sus monumentos, sus recuerdos, sus tradiciones, han de darnos esfera amplia para desarrollar esos cuadros de entretenimiento y solaz; y su industria, ese poderoso elemento de riqueza creado y sostenido por la constancia y el esfuerzo de los hijos de Cataluña, será tratado por nosotros con la delicadeza y el esmero que tanto merece.

Enemigos de elogiar nuestros trabajos, preferimos demostrar á prometer, y como precisamente hay ya publicados dos tomos en los que se hallan condensadas nuestras observaciones por siete distintas provincias, á ellos solamente dejamos el elogio ó la censura, respecto á la realizacion de nuestras primeras ofertas.

En ellos, que contienen el primero, las provincias de Guadalajara, Cuenca, Soria y Zaragoza; y el segundo, las de Huesca, Lérida, Gerona y la república de Andorra, puede verse, no solamente el trabajo de los viajeros y el estudio hecho en aquellas localidades, si que tambien la parte material de la publicacion que ni por el papel empleado en ella, ni por la cantidad de lectura, ni por la multitud de grabados que la ilustran, guarda proporcion con lo exiguo de su precio.

Y ya que de los grabados hablamos, debemos llamar respecto á ellos la atencion de nuestros lectores, tanto porque en su mayor parte están tomados del natural, cuanto porque existen muchos tambien que no se han visto en ninguna de las obras que se han publicado referentes á esta provincia.

Encomendadas á los mejores artistas, obran ya en nuestro poder la mayor parte, entre los que debemos hacer especial mencion de los de las torres y absides de la Catedral y Santa María del Mar, varios interiores de la Catedral, vistas de distintos puntos, máquinas industriales y otros que fuera prolijo enumerar.

BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra se publica por entregas de 8 páginas en 4.º mayor, de excelente papel y elegantes caracteres, con grabados intercalados en el texto. El precio de cada entrega es el de *medio real en toda España*, repartiéndose cuatro semanales.—Atendido á que ha terminado la publicacion de los dos primeros tomos, los señores que deseen adquirir la obra pueden hacerlo bien de una vez, bien por cuadernos semanales, recibiendo uno ó mas, segun su voluntad, siéndoles servido con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, admitiéndose tambien suscripciones á tomos determinados, de los publicados ya.